

El continente incierto

Reflexiones sobre las posibilidades de la libertad en América Latina

Héctor Ñaupari

Si una sola palabra puede definir a América Latina, ésta es *incertidumbre*. Desde la fundación de las repúblicas latinoamericanas, nuestros países han oscilado en una suerte de *péndulo perverso* entre dictaduras corruptas y democracias débiles, lo mismo que entre un proteccionismo conservador y una forma *sui géneris* de socialismo, y han vivido divididos por la exclusión de las mayorías y la negación de sus derechos. En nuestros países, la posible gloria se convierte, a cada instante, en la autocumplida profecía del fracaso.

Esta incertidumbre también puede explicarse usando dos mitos universales. Nuestras Américas pueden concebirse como atrapadas por las historias de Sísifo¹ y Procasto.² Es decir, han padecido las eternas vueltas y reciclajes del mercantilismo político y económico, tal como aquella inmensa roca que el fundador y rey de Éfira, en castigo por haber escapado de los infiernos, debía empujar penosamente cada día. Además, a los latinoamericanos les ha tocado, en ocasiones por su propia mano, que la modelación de sus derechos y libertades termine sujeta al caprichoso arbitrio del poder, que los corta o estira tal como el siniestro posadero y bandido del Ática lo hacía con sus infortunados huéspedes. Sumida en un eterno retorno, sujeta a la siempre cambiante voluntad de los mandones de ocasión, nuestra región “necesita conocer la verdad de su incierto destino”.³

Con todo, las mejores y más articuladas respuestas que se han formulado para enfrentar el incierto destino regional han fracasado estrepitosamente. En toda su historia, el liberalismo centro y sudamericano nunca presentó un programa íntegramente consecuente con su ideario, ni formuló una propuesta política seria y resuelta para implementarlo. Las medidas que elaboraron los liberales fueron, a lo sumo, parciales, coyunturales y, en la mayoría de los casos, impracticables⁴.

¹ El mito de Sísifo se encuentra relatado por Homero en *La Odisea*, introducción de Manuel Fernández-Galiano, traducción de José Manuel Pabón, Madrid, Gredos, 2002.

² Tomado de los mitos de Procasto y del héroe Teseo, quien le dio muerte. Pierre Grimal, *Diccionario de mitología griega y romana*, Barcelona, Paidós, 1981.

³ Carlos Miró Quesada Laos, *Radiografía de la política peruana*, Ediciones Páginas Peruanas, Lima, 1959, Pág. 7.

⁴ Al respecto véase la *Historia de la República* de Jorge Basadre; *Hombres e ideas en el Perú*, de Jorge Guillermo Leguía; *Horas de lucha*, de Manuel González Prada; y, *El liberalismo peruano*, de Raúl Ferrero.

Lo peor de todo es que tales medidas aisladas siempre fueron dejadas por los liberales latinoamericanos en manos de políticos oportunistas y pragmáticos⁵ –y, como lo ha señalado con acierto Jesús Huerta de Soto,

el pragmatismo es el vicio más peligroso en el que puede caer un liberal [...] motivando sistemáticamente que por conseguir o mantener el poder se hayan consensuado decisiones políticas que en muchos casos eran esencialmente incoherentes con los que deberían haber sido los objetivos últimos a perseguir desde el punto de vista liberal.⁶

Esto ha tenido en el pasado efectos devastadores sobre esta corriente de pensamiento⁷ –o de sus vergonzantes comparsas, quienes se llamaban a sí mismos *liberales*,⁸ todos los cuales ejecutaron los planes liberales según sus propios cálculos, agendas e intereses, pervirtiendo las ideas que los inspiraron, y, cuando ellos caían, víctimas de sus propios errores y corrupciones, arrastraban consigo al ideario liberal, el mismo que quedaba contaminado por estos estragos. Tales errores han sido y son responsabilidad exclusiva de los liberales de nuestras tierras.

Además de lo señalado, el liberalismo en América Latina ha quedado amputado por los egos insufribles de sus protagonistas, así como debido a las ciegas envidias y los odios sin sentido en que sus propugnadores se han enfrascado, usando en la mayor parte de los casos las ideas de la libertad como coartada de esos apetitos y perversiones, pretendiendo posar como doctrinarios para ocultar sus propias miserias, o haciendo pasar los éxitos de otros como suyos,⁹ y dejando a sus adversarios importantes liderazgos en diversos sectores de las sociedades latinoamericanas. Eso hizo, por ejemplo, que entregaran la educación, a partir de los años treinta, en manos de los

⁵ Un botón de muestra de ese oportunismo fue Ramón Castilla, gobernante peruano que en el siglo XIX abandonó a su aliado y sucesor José Rufino Echenique y se unió a los liberales de entonces –los hermanos Pedro y José Gálvez, Toribio Pacheco y José Simeón Tejeda, entre otros– para evitar que se le procese por los actos de corrupción originados en la consolidación de la deuda del Estado peruano. Estos liberales peruanos fueron los verdaderos gestores de los decretos de abolición de la esclavitud y del tributo indígena, que luego Castilla utilizaría en beneficio propio: a él se le tiene en la historia como “libertador de los esclavos” en el Perú. Años después Castilla y Echenique, ya amistados, se encargaron de controlar el Congreso de la República, mientras que otro compañero de armas, el general Miguel de San Román, se hizo de la jefatura del Estado. Esto ocasionó el derrumbe del proyecto político de los liberales peruanos de la mitad del siglo XIX.

⁶ Huerta de Soto, Jesús. *Nuevos estudios de economía política*. Unión Editorial, Madrid, España, 2002.

⁷ Como señalo Lord Acton, “siempre fue reducido el número de los auténticos amantes de la libertad; por eso, para triunfar, frecuentemente hubieron de aliarse con gentes que perseguían objetivos bien distintos de los que ellos propugnaban. Tales asociaciones, siempre peligrosas, a veces han tenido resultados fatales para la causa de la libertad, pues brindaron a sus enemigos argumentos abrumadores”. *The History of Freedom and Other Essays*, por John E. E. Dalberg Acton, primer barón de Acton, editada por J.N. Faggis y R.V. Laurence, Londres, 1907.

⁸ Como se denominaron a sí mismos aquellos a quienes denunciara Mario Vargas Llosa, por su apoyo a la dictadura de Alberto Fujimori, en sus artículos “Regreso a la Barbarie” y “El Pueblo y la Gente Decente” de 1992, y publicados en su libro *Desafíos a la libertad*, Editorial Peisa, Lima, 1994.

⁹ Como lo describe, otra vez, Mario Vargas Llosa, en las páginas 175 a 177 de *El pez en el agua*, su libro de memorias, Seix Barral, Barcelona, 1993; o, como lo hace Federico Jiménez Losantos en su ponencia “La libertad intelectual”, presentada ante las VI Jornadas Liberales Iberoamericanas de Albarracín, y publicadas en *La ilustración liberal*, Vol. 1, núm. 1, febrero–marzo 1999, Madrid, España, Págs. 3 y siguientes.

diversos socialismos, a tal punto que hoy los estudiantes no son tales sino aprendices de socialistas, y se da la tremenda injusticia de que los pobres subsidian la educación de los pudientes, en las universidades públicas.

Tal comportamiento con la causa que los liberales latinoamericanos dicen defender prosigue hasta hoy, y es la razón congénita y principal de su minusvalía política: de esta manera, el liberalismo latinoamericano es la eterna esperanza frustrada de nuestro continente.

Por otra parte, el socialismo de América Latina –en sus múltiples variantes, desde la Teología de la Liberación hasta el maoísmo ortodoxo– nunca cuestionó ni se desligó del todo de su inspiración primera: esa ideología violentista, clasista y revolucionaria denominada marxismo,¹⁰ y de sus principales preconizadores en la región, como José Carlos Mariátegui, entre otros. El marxismo latinoamericano nació contradicho por sus padres fundadores; esas inconsistencias fueron luego perpetuadas por sus continuadores.¹¹ Donde no hubo fisuras fue en su accionar: la izquierda latinoamericana fue la madre de la violencia política en el continente.

Por ello mismo, a semejanza del comportamiento político del liberalismo latinoamericano, que se unió a las fuerzas más conservadoras o retardatarias de nuestra historia, el socialismo de la región se plegó a –o fue un soporte de– fuerzas extremistas durante toda su vida política: las guerrillas de los años sesenta, la multitud de capillas y grupos comunistas, cada cual más radical, ferozmente enfrentadas, descalificándose permanentemente, durante los años setenta –una auténtica “sopa de letras” de la izquierda latinoamericana, llegando a decirse que allí donde se juntaban dos izquierdistas, resultaban tres facciones–¹² para llegar, por ejemplo, hasta el Partido Comunista del Perú–Sendero Luminoso, que creyó ciegamente que se podía traer el paraíso por medio en un incendio apocalíptico, o el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru, heredero del APRA Rebelde y de un castro–guevarismo muy primario, que aspiró a revivir

¹⁰ De tal suerte, los marxistas en América Latina nunca refutaron, por ejemplo, que el maoísmo fuese la “tercera etapa de la revolución mundial”, por lo que, con ese silencio en sus investigaciones y proclamas, justificaron disparates como la inevitabilidad de la guerra popular en los países desarrollados, la militarización de todas las sociedades para lograr la justicia social, y la esclerosis de la realidad y de la historia.

¹¹ Como lo llevó a cabo, entre otros, José Carlos Mariátegui. Al respecto, cito: “Mariátegui, en el terreno de la política práctica, se había dejado seducir por la mentalidad de Moscú. Por esto proponía fundar un partido socialista en el cual los comunistas formarían una facción secreta. El Komintern rechazó esta posición [...] tal vez este contagio en el terreno práctico fue lo que esterilizó la labor de Mariátegui en el terreno ideológico [pues] se quedó solo, sin discípulos, aunque con muchos repetidores que cubrieron de incienso su memoria y olvidaron su ejemplo. El Partido comunista peruano, aunque ensalzando su memoria en forma rutinaria, no ha seguido ninguna de sus enseñanzas.” Víctor Alba, *Esquema histórico del comunismo en Iberoamérica*, Ediciones Occidentales, México, D.F., 1960 Págs. 51–53. Ese pecado original es también considerado por Alberto Flores Galindo en su libro *La agonía de Mariátegui. La polémica con la Komintern*, editado en 1980.

¹² Como cuenta Carlos Sabino en su libro de memorias, *Todos nos equivocamos*, Editorial Grito Sagrado, Buenos Aires, Argentina, 2006.

guerrillas románticas que ni en el pasado tuvieron éxito, siendo su previsible –y felizmente no realizado– resultado la disolución de nuestros países.¹³

Así, por mucho que tales opciones extremistas y lindantes con el terrorismo hayan sido repudiadas –en mayor o menor medida, es cierto– por las sociedades centro y sudamericanas, el socialismo de estos linderos ha mantenido tercamente sus posturas hasta hoy, a pesar de la miríada de evidencias contrarias puestas ante sus ojos –la búsqueda de propiedad privada y bienestar por las masas latinoamericanas, como de la injerencia del Estado y las sucesivas crisis políticas y económicas sufridas, la implosión del comunismo en todas partes del mundo, entre muchas otras– y que deberían hacerles cambiar. Esa persistencia en el error motivó el duro pero justo epíteto con el cual se les conoce: los perfectos idiotas latinoamericanos.¹⁴

A despecho de su supuesto vigor político –que ha cedido a todo con tal de alcanzar el poder–, ideológicamente la izquierda de la región vive atenazada por una suerte de *horror al vacío* en el que, como diría el pensador peruano Víctor Andrés Belaúnde, “la ausencia de un ideal propio y la falta de potencia para realizarlo llevan (en este caso, a la izquierda latinoamericana) a oponerse de modo mecánico al ideal ajeno”.¹⁵

De esta suerte, lo único que les queda es la llamada *convicción revolucionaria*. Es decir, la creencia en que un grupo de hombres audaces, iluminados por el amor a sus semejantes, es capaz de imponer un orden justo por medio de la violencia y la coacción.¹⁶

Como si fuera poco, el socialismo de estas crispadas tierras padece de una enfermedad constitutiva, a la que denominaré *esquizofrenia vital*.¹⁷ El síntoma principal de esta enfermedad es que los socialistas aquí avecindados se pretenden de izquierdas, pero en realidad quieren vivir como de derechas. Por eso, aunque desean una buena vida –como cualquier mortal– reconocer, o peor aún, defender la sola existencia del único medio que la proporciona –esto es, el mercado– les parece obsceno. Ello no obstante, quieren tener ese confort material con frenesí. Para lograrlo, viven de las becas norteamericanas de las Fundaciones Kellog y Ford, entre otras, así

¹³ Esto queda evidente en el libro de Guillermo Herrera Montesinos, *Izquierda Unida y el Partido Comunista*, Editorial Termil, Lima, sin año.

¹⁴ Montaner, Carlos Alberto; Vargas Llosa, Álvaro; Mendoza, Plinio. *El manual del perfecto idiota latinoamericano*. Plaza & Janés Editores, Madrid, España, 1997.

¹⁵ Belaúnde, Víctor Andrés. *La síntesis viviente*. XXIII, Madrid, España, 1950, Pág. 30.

¹⁶ “El más peligroso de los rasgos políticos de la izquierda latinoamericana”, a decir de Carlos Alberto Montaner, en su ensayo “Cuba: del fin de la utopía al nacimiento de la libertad”, publicado en *El Desafío Neoliberal*, Grupo Editorial Norma, Bogotá, 1992, Pág. 341.

¹⁷ También llamada *hemiplejía moral*, término usado en su libro *El conocimiento inútil* por el filósofo y escritor francés Jean François Revel para referirse a la ética que caracteriza a la izquierda mundial. Revel señala que los izquierdistas no juzgan los hechos, sino que catalogan a las personas y a las instituciones. Una misma acción tiene carácter positivo o negativo según sea el signo del gobierno que la realice. Mucho antes, el filósofo español José Ortega y Gasset, en el prólogo para los franceses de su libro *La rebelión de las masas*, de mayo de 1937, usó la expresión para quienes no ven más allá de su propio ideario: “ser de izquierdas es, como ser de derechas, una de las infinitas maneras en que el hombre puede elegir para ser un imbécil: ambas, en efecto, son formas de *la hemiplejía moral*.”

como de USAID,¹⁸ y de muchos empresarios latinoamericanos –muestra clara de la vocación suicida¹⁹ de estos últimos, y de sus intentos por lavar sus supuestas malas conciencias– mientras hacen gala, en convenciones y cócteles, de un antiamericanismo y una globalofobia nada desdeñables en aulas, publicaciones, convenciones y asesorías, en un acrobático esfuerzo por posar sin pudor alguno de antiimperialistas rentados por las multinacionales, el coloso del Norte y la petrocracia venezolana, todo al mismo tiempo.

Con todo, la izquierda latinoamericana es, hoy por hoy, un conjunto heterogéneo²⁰ de fuerzas portador de un cierto discurso que, alejado ya de sus fuegos primigenios –revolución y dictadura de partido único–, para muchos electores es reivindicativo o representa una alternativa frente a la globalización.²¹ En el fondo de sus corazones, no obstante, la izquierda latinoamericana continúa viviendo presa de sus miedos y fantasmas.

En resumen, los liberales latinoamericanos han sido sus peores enemigos. Víctimas de su propio descrédito, vieron cómo sus medidas y propuestas se hicieron sin convicción, o fueron parciales, incompletas, y estuvieron seriamente comprometidas con actos de corrupción por los sucesivos gobiernos –democracias o dictaduras– que las llevaron a cabo.²²

Por último, debido a la paupérrima educación recibida en el continente en los últimos treinta años, donde el adoctrinamiento de la ideología marxista es abierto y ostensible, muchos liberales han caído en la trampa del economicismo –a la que fueron tan propensos los socialistas en el pasado– y se han vuelto “pedantes de un solo libro, un solo autor, o de un solo ídolo, los dogmáticos presos en la monotonía de sus silogismos”.²³

De esta suerte, el peor resultado producido por la rendición de las posibilidades políticas de nuestros liberales, entregando las sociedades latinoamericanas a sus múltiples enemigos, es la perpetuación del status quo en la región; es decir, de la incertidumbre de su estado de derecho, de sus economías, de sus instituciones y de sus políticas. Es evidente que la salida no es ni la

¹⁸ La buena relación de una parte importante de la izquierda latinoamericana con el gobierno norteamericano tiene sus orígenes en los finales de la década de los setenta, cuando el presidente Jimmy Carter, abrumado por sus reveses en Afganistán, Irán o Nicaragua, y los que se venían en El Salvador, Angola o Filipinas, lanzó el tema de los derechos humanos como eje de la política exterior estadounidense. A la sombra de la nueva política norteamericana crecieron en influencia regional Amnistía Internacional, Human Rights Watch, WOLA y el Centro Carter. La *oenegización* de la izquierda contribuyó a su deterioro político y acrecentó la incertidumbre en que se mueve el continente. Y no sirve de nada en la actualidad, debido a la influencia de Hugo Chávez: es evidente que una izquierda política, democrática y antichavista, hubiera detenido su crecimiento en la región. Actualmente, esta izquierda –llamada divina en Francia y caviar en el Perú– vive de las fundaciones americanas y coquetea con el chavismo sin perder el rubor de las mejillas.

¹⁹ Hecho ya previsto por Milton Friedman en su *Capitalismo y libertad*, Editorial Rialp, Madrid, España, 1962.

²⁰ Llamémosles, parafraseando a Benjamín Constant, *murciélagos*: unas veces recogen las alas y se confunden con ratones, otras veces despliegan el vuelo y se igualan con las aves.

²¹ Lazo Cividanes, Jorge. *Heterogénea y ortodoxa: la izquierda suramericana del todo a las partes*.

²² Tal como lo señala Alvaro Vargas Llosa en su libro *Rumbo a la libertad*, Editorial Planeta, Santiago de Chile, 2004.

²³ Como enseñó con lucidez Jorge Basadre en su artículo “Con el pueblo y por la patria”, publicado primero en la revista *Historia*, núm. 7, julio–septiembre de 1944, y publicado en su libro *Apertura, textos sobre temas de historia, educación, cultura y política escritos entre 1924 y 1977*, Ediciones Taller, Lima, 1978, Pág. 510.

izquierda “responsable”, adocenada en el poder y víctima de sus corrupciones, su esquizofrenia vital y sus extravíos, como tampoco la izquierda revolucionaria, la cual, como el decadente aristócrata siciliano, cambiará todo para que nada cambie;²⁴ y, de ningún modo, los conservadores, oportunistas y pragmáticos, que despojan de contenido las ideas, planteamientos y medidas que los liberales pusieron en sus manos, para su propio y procusteano beneficio, generando y manteniendo la incertidumbre, el mal latinoamericano por excelencia.

Como una ironía de la historia, cabe acotar que esta incertidumbre producida por nuestra discapacidad política genera, al mismo tiempo, los males que los liberales denuncian: las trabas al desenvolvimiento de las libertades, derechos y actividades individuales, lo mismo que la discriminación, la desigualdad y la exclusión de los ciudadanos menos favorecidos. Y así podemos seguir.

La incertidumbre del estado de derecho en América Latina hace de la ley un reflejo antes que un límite al poder, que se adecua a sus siempre cambiantes necesidades, concentradas todas ellas en la *razón de Estado*. La incertidumbre en la justicia produce la ausencia de decisiones judiciales predecibles, consistentes, congruentes y ajustadas a derecho: en una frase, la incertidumbre produce la injusticia. La incertidumbre en la economía impide tener capitales a largo plazo –y si no hay capital, no hay capitalismo, sólo pobreza–²⁵ que generen empleos prósperos, y un mercado en continuo crecimiento. La incertidumbre en la política hace que, en cada elección, el continente se esté jugando su destino como región, con una aspiración adánica, cuando sólo se trata de la transferencia pacífica del poder.

Por último, esta incertidumbre estructural posee una ideología y cultura subyacentes en el comportamiento cotidiano de los ciudadanos allende el norte: proverbios populares como *para mis amigos todo, para mis enemigos la ley; hecha la ley, hecha la trampa; no importa que robe, lo importante es que deje obras; las reglas son para los caballos*, entre otras percepciones, mitos y prejuicios, son, desde México hasta Chile, muestra patente de que, ante la ausencia de certezas y referentes, el estado de naturaleza hobbesiano es la regla no escrita que cumplen –ésta sí– a pie juntillas los hombres y mujeres de América Latina, en sus hogares, en sus relaciones personales, en la forma en que conducen sus automóviles o se vinculan con la autoridad.²⁶

¿Qué hacer?

²⁴ Tal es el famoso aforismo del príncipe Fabrizio de Salina, protagonista de la novela *El Gatopardo* de Giuseppe Tomasi de Lampedusa

²⁵ Tal es la brillante tesis expuesta en los seis volúmenes de *El capital ausente*, de Dwight Ordóñez y Lorenzo Sousa, publicación de los autores, Lima, 2003.

²⁶ Como explica Douglass C. North en su libro *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

Antes que nada, he de advertir que las respuestas que se den a continuación representan una travesía por mares todavía no cartografiados.²⁷

Con tal cuidado, lo primero que los liberales debemos hacer es debernos a nuestras convicciones. El autor de *El arco y la lira* sostuvo con ingenio que un hombre, para ser tal, se debe a sus convicciones.²⁸ En este contexto, debemos:

Proponer un plan liberal integral y sin concesiones. Se trata de un programa que comprenda no sólo privatizar o reducir la inflación, sino sobre todo hacer del derecho una herramienta que facilite la creación de la riqueza, una profunda reforma a la justicia de nuestros países, la drástica eliminación de impuestos y la reducción de sus tasas, la extensión de la propiedad privada y su difusión democratizadora en los sectores más empobrecidos de la sociedad.

Que, asimismo, realice una drástica reducción de las funciones, activos, acciones y organismos del Estado, devolviéndolos a sus legítimos titulares, los individuos, y manteniendo como únicas actividades –con expresas y legítimas reservas– la seguridad externa e interna, las relaciones internacionales con otros Estados y la administración de justicia. En suma, un programa centrado en ideas claras, con propuestas concretas y serias, cuyo objetivo sea establecer y extender una revolución liberal, capitalista y popular en América Latina.²⁹

Propugnar un programa de corte tan radical y purificador para nuestros países requiere un movimiento de opinión pública –es decir, de promoción de las ideas liberales– que convenza exitosamente de sus resultados a las mayorías nacionales, que denuncie decidida y permanentemente las arbitrariedades, tropelías y sensualidades del poder, las derrote en el imaginario popular y en las creencias y mitos ideológicos de las personas, y formule los ejemplos y paradigmas para desmenuzar al Némesis de la libertad –el poder– en tantas partes como personas existan en una república.

Se trata, por cierto, de un movimiento de ideas y opiniones que sea leal al principio antes que al cálculo, al ideario antes que a la momentánea ventaja, al objetivo último de transformar una sociedad lastrada en una sociedad libre antes que en el pírrico triunfo que proporciona el corto plazo.

Fundar nuestros propios partidos liberales y no ir junto a quienes no tienen una postura liberal. Como defensores de la libertad, los liberales debemos liberarnos de nuestros complejos, y no disimular

²⁷ Como escribió con brillantez el economista Murray Rothbard cuando se refiere a su estrategia política de la libertad, en su libro *La ética de la libertad*, Unión Editorial, Madrid, 1995, Págs. 345 y siguientes.

²⁸ Paz, Octavio, *Sueño en libertad. Escritos políticos*, Seix Barral, Biblioteca Breve, Barcelona, España, 2001.

²⁹ La propuesta es formulada por Álvaro Vargas Llosa en su ya citado libro *Rumbo a la libertad*. Al respecto, se han presentado unos acercamientos al respecto en *Proyectos para una sociedad abierta*, de Alberto Benegas Lynch y Martín Krause, en *Libertas*, edición semestral de ESEADE, núm. 16, mayo de 1992, Buenos Aires, Argentina; y en *Soluciones de políticas públicas para un país en crisis*, varios autores, Fundación ATLAS para una sociedad libre, Buenos Aires, Argentina, 2003.

nuestra verdadera identidad y nuestro discurso. Nadie que sienta complejo por expresar su identidad, nadie que tenga que presentarse ante la sociedad con otro nombre para disimular su personalidad, nadie que haga del complejo un rasgo vital de su idiosincrasia, puede ser aceptado como algo cabal. Liberales habían sido los partidos del progreso, del cambio y la esperanza en el mundo y en nuestros países. Cuando se abandonaron esos valores, se rompieron los lazos que los unían con las masas y fueron cedidos, sin luchar por ellos, a nuestros adversarios, quienes los dilapidaron y pervirtieron.

Como ha señalado Murray Rothbard,

el libertario no considera ninguna incoherencia ser de “izquierda” en algunos aspectos, y de “derecha” en otros. Por el contrario, ve su propia posición como virtualmente la única consistente; consistente a favor de la libertad de cada individuo. Porque, ¿cómo puede el izquierdista oponerse a la violencia de la guerra y de la conscripción, y al mismo tiempo respaldar la violencia de los impuestos y el control del gobierno? y ¿cómo pueden los derechistas proclamar su devoción a la propiedad privada y a la libre empresa, y favorecer al mismo tiempo la guerra, la conscripción, y la prohibición de las actividades que no signifiquen invasión, las prácticas que consideran inmorales?³⁰

En América Latina urge un nuevo movimiento ideológico y partidario liberal, vigoroso, con conciencia de sí, capaz de hacer frente a los vestigios jurásicos que nos toca enfrentar cada vez que buscamos desarrollarnos y que nos sumergen en la incertidumbre.

El liberalismo es una ideología pacífica, integradora, incluyente, a diferencia de las teorías antisociales que fomentan la lucha de clases.³¹ Observa la sociedad y a los individuos en ella en términos de desarrollo, no en términos de explotación. Crea y aprovecha las oportunidades a su alcance, en lugar de lamentarse por las ocasiones desaprovechadas.

¿Por qué los liberales debemos hacer política activa?

Porque los liberales debemos dejar de ser ideólogos sin partido. Porque debemos dejar de seguir jugando a solas, sin intervenir de manera real y concreta en la vida pública. Porque no es posible proponer políticas públicas si no hay políticos que la implementen, una élite que las

³⁰ Rothbard, Murray, *Hacia una nueva libertad. El manifiesto libertario*, Editorial Grito Sagrado, Buenos Aires, Argentina, Págs. 35 y siguientes.

³¹ Esa es la correa de transmisión que une a los izquierdistas democráticos con facciones terroristas, como la del Partido Comunista del Perú–Sendero Luminoso, que se basaba en el marxismo–leninismo–maoísmo–pensamiento Gonzalo, bajo los principios de centralismo, clandestinidad, secreto y vigilancia político–militar. Para Sendero Luminoso, los derechos humanos tenían un “carácter burgués reaccionario” y eran “opuestos a los derechos del pueblo”, según las conclusiones de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación (CVR).

discuta y masas que las respalden. Porque, de esta suerte, seguiremos siendo hacedores de política en el vacío.

Porque no debemos, por ningún motivo, seguir alcanzando el poder en vehículos ajenos. Porque podemos tener *think tanks*, institutos, asociaciones, fundaciones, pensadores, políticas públicas bien elaboradas, periodistas, redes y organizaciones. Si no tenemos partidos, de nada nos sirve. Podemos tener periódicos, blogs, libros y artículos diversos pero, si no tenemos partidos, nuestras ideas no se llevarán a la práctica.

Porque es un hecho objetivo que, en tanto reconocemos al sistema democrático representativo como el que con menos fallas permite la transferencia pacífica del poder y lo limita de modo mejor que todos los demás, los políticos tienen un margen de maniobra que puede ser o no escaso o mínimo, como veremos más adelante, pero que es en sí mismo indiscutible. Por tanto, el político es el tramo final del sendero de los cambios institucionales. Por todo lo antes dicho, debemos ser liberales con voluntad política.

Así, para hacer de verdad un partido liberal, éste debe ser democrático, con cuadros, organización, unidad, sin complejos, con ideas claras. Debe ser combativo.³² Debe ser transversal a nuestras sociedades: el partido liberal que propongo debe tener sus empresarios, sus intelectuales, sus obreros, sus ejecutivos, sus maestros, sus comerciantes, sus ricos y sus pobres. Y debe tener sus políticos profesionales, educados, capacitados y finalmente promovidos, para ahorrarnos la desgracia de los aventureros, los iluminados y los salvadores de la patria en la undécima hora. Y todos deben pasar por una línea de carrera política que permita seleccionarlos adecuadamente, por sus méritos reales.

El liberalismo político debe trabajar con las iglesias —el anticlericalismo es, en este momento, un estorbo y un arcaísmo—, así como establecer núcleos dinámicos e ideológicamente claros en la élite empresarial, para que deje de lado esa vocación suicida que parece congénita, y hacer un trabajo serio y permanente de bases. Debe identificar a las élites militares de los países de América Latina, para que éstas sepan defenderse de las posturas reformistas y de izquierda que tanto las contaminaron en el pasado.

Con la élite empresarial liberal se deben organizar charlas para sus cientos de miles de trabajadores, sobre las virtudes del libre mercado, el individualismo, el amor propio, entre otros. Del mismo modo, es pertinente rescatar cada caso de los trámites absurdos que complican la vida cotidiana de los ciudadanos y denunciarlos, proponiendo derogarlos o simplificarlos. Por otro lado, urge crear núcleos universitarios y profesionales en los principales espacios públicos y

³² Como lo pidió Hayek, un liberal es un “agitador permanente”.

privados de las principales plazas económicas de cada país, identificando a todos los actores principales y comprometidos de cada lugar.

El liberalismo político debe trabajar incesantemente con los pobres. Para quienes piensan que sólo servimos a los ricos, hay que recordarles siempre el poema “El nuevo coloso” de Emma Lazarus, al pie de la Estatua de la Libertad, que dice:

Denme a mí sus fatigados, sus pobres
sus abigarradas masas, anhelantes de libre respirar,
los miserables rechazados de sus prolíficas costas.
Envíen a esos, a los desahuciados, arrójenlos a mí,
¡que yo elevo mi faro junto a la dorada puerta!³³

Ésa es la visión que debemos transmitir. Que el liberalismo está con los pobres, para transformarlos en ricos, con sacrificio, trabajo y esfuerzo; con los desposeídos, para hacerlos propietarios; con los desahuciados, para elevarlos entre todos los hombres; con los miserables, para otorgarles dignidad, señorío y sentido de futuro. Ese liberalismo logrará que los pobres, desposeídos y miserables dejen de ser víctimas de tiranos, iluminados, cortesanos y parásitos. De esta manera, acabará con la incertidumbre que padecemos y que nos deja sumidos en la miseria.

El partido liberal debe pensar en nuevas formas de liderazgo, nuevas formas de cultura organizacional, nuevas dinámicas y reglas institucionales, reformas de aquellas prácticas que configuran nuestras costumbres y modelos cotidianos.

¿Cómo hacerlo?

Para discernir entre el ejercicio correcto de la política de aquel que es corrupto, es necesario implementar un mensaje que rompa el paradigma de que la actuación política es en sí misma perversa y corrupta. Al contrario, debemos señalar que es el exceso de poder lo que convierte a los políticos en perversos y corruptos.

En segundo lugar, si el gobierno tiene como objetivo salvaguardar los derechos de todos los habitantes de un Estado, podemos deducir que el buen político es aquel que garantiza y defiende eficazmente los derechos de las personas a través de la administración de la cosa pública. Por el contrario, el mal político es el político inepto para lograr los objetivos de la tarea gubernativa, concentrándose más bien en ocupar la función pública por el tiempo más prolongado que le sea posible, independientemente de los medios a que recurra para tal fin.

En tercer término, resulta fundamental encontrar en la opinión pública aquellas ideas, mitos y creencias que son más afines con el ideal de la libertad y concentrarse en ellas para

³³ Emma Lazarus, *Emma Lazarus: selected poems*, Estados Unidos, Library of America, 2005.

empezar a promover cambios en la cultura mercantilista, y acercarlas a las bases ciertas de la modernidad. El prejuicio que se tiene de la burocracia, de los excesivos trámites para poner cualquier negocio, del abuso, la corrupción y el despilfarro se cuenta entre los que tienen un carácter negativo o de denuncia.

Entre las positivas, la tendencia por la cual se valora más el fruto del propio esfuerzo, la responsabilidad por los propios actos, el valor de la mujer u hombre hechos a sí mismos, el ahorro y el trabajo como condición del progreso y la capacidad emprendedora. Todos éstos son valores que subyacen frente a la cultura mercantilista y que deben ser articulados en un solo mensaje connotando implícitamente su coherencia con el ideario liberal.

Es decir, debemos organizar ese mensaje como una lectura que coloque a nuestro ideario como el centro de la opinión pública y el centro político. Y esto supone insertar este mensaje en forma organizada, militante, constante, atendiendo los problemas más urgentes del ciudadano de a pie, y de forma muy determinada. La máxima es, entonces, la ausencia de obstáculos para el bienestar, para el progreso y la felicidad.

Es verdad que muchos liberales piensan que el ideario de la libertad no es ni debe ser patrimonio de ningún partido político en especial, puesto que tal es el espíritu de la libertad. Hay otros que sostienen –y me incluyo en este último grupo de liberales– que, como nuestro ideario es político, su consecuencia última –o una de ellas, cuando menos– es la de ser la ideología de un partido. Esto último ofrece a los seguidores de las ideas liberales dos alternativas: fundar un partido liberal, como ocurre en muchas partes del mundo, o participar en distintos partidos, defendiendo los principios liberales en cada uno de ellos.

La fundación de un partido liberal que defienda transparentemente los principios de la libertad sin claudicar en su propósito, y sin corromperse, no es ajena al panorama político latinoamericano. Por citar sólo algunos muy sólidos y eficaces ejemplos, encontramos el Partido Libertario de Costa Rica, el Partido Liberal de Brasil o la Unión Liberal Cubana. Es más, si queremos quebrar el paradigma de la “política corrupta”, ése es el comportamiento que un partido liberal en América Latina debe tener.

Por otro lado, dentro de esta misma tendencia hay liberales que sostienen que el liberalismo puede estar presente, además del propio, en muchos partidos, puesto que así queda constituida la reserva y la brújula que marca la dirección hacia la meta política liberal por excelencia, que es el respeto por el prójimo. Cada una de estas alternativas está abierta al criterio, la responsabilidad y la decisión de los defensores de las ideas liberales. En última instancia, esto no significa de ningún modo que, de llegar un partido liberal a ser vencedor en las elecciones, éste no vaya a ser vigilado y criticado de modo permanente para marcar los desvíos que el poder

tiende a producir aun en los espíritus más nobles. Lo que queremos señalar es que el punto de inflexión con nuestros adversarios ideológicos es que el liberal, por definición, mantiene siempre una actitud crítica frente al poder.

Romper el círculo perverso de la alianza con los conservadores, oportunistas y pragmáticos. Como ya vimos, nuestra unión con los políticos y partidos ajenos al ideario de la libertad ha sido nefasta. El último y más devastador ejemplo lo constituyen quienes se llaman a sí mismos “liberales”, pero que vendieron sus talentos a los partidos, alianzas y frentes que llegaron al poder en la década de los noventa, para propiciar reformas parciales, incompletas y, sobre todo, falsas; es decir, meras coberturas para salvaguardar intereses del todo ajenos al ideario liberal.

Tales “liberales” propusieron privatizaciones que resultaron en descarados monopolios privados o de empresas públicas extranjeras, dirigieron las privatizaciones hacia artificiales mantenimientos del déficit fiscal, generaron paridades monetarias artificiales, sostenidas con las reservas nacionales antes que sujetas a las leyes del mercado, y mantuvieron incólume el poder del Estado extendiendo concesiones antes que propiedades privadas plenas.

Asimismo, crearon organismos reguladores donde ellos mismos se emplearon, y callaron cuando se usaron los dineros de las privatizaciones para actos de corrupción de medios de comunicación, políticos y empresarios, o para la propaganda y sostenimiento de los regímenes a los que sirvieron –si es que no se beneficiaron directamente de tales maniobras–, como es el penoso ejemplo de la mayor parte de los casos latinoamericanos de reformas estructurales de la pasada década.³⁴

Con ello, y merced al silencio gratuito de los muchos que, seguidores del ideario liberal, no los enfrentaron “por mantener las principales reformas intactas”, se suministró la mejor arma a nuestros adversarios ideológicos: una “reforma liberal” que era en realidad –dicho esto con todo acierto por los colectivistas– la continuación del mercantilismo de siempre por otros medios, y la perpetuación de la incertidumbre en nuestro continente.

Hoy, muchos de estos “liberales” proclaman a los cuatro vientos –en columnas de opinión o informes diarios de coyuntura en nuestras Américas– su adhesión, en mayor o menor grado, a los principios de la libertad, a pesar de los desarreglos cometidos cuando servían al poder. Sin embargo, muy pocos de los auténticos defensores de la libertad han salido a combatirlos resueltamente.

Por esta razón, los auténticos liberales, que no nos dejamos influir por el poder, somos vergonzantes comparsas de sus desajustes al no enfrentarlos y dejar por nuestra omisión que tales

³⁴ Véanse al respecto los capítulos VI al IX de *Rumbo a la libertad* de Álvaro Vargas Llosa.

picardías arrastren hoy por hoy el prestigio, las acciones y propuestas de todos los que defendemos este ideario.

Incluso en la hora actual, hay liberales que sostienen que debemos esperar el mejor escenario para difundir nuestras ideas. Los que así opinan fueron los mismos que, en el pasado, nos convencieron de que éramos débiles y debíamos unirnos a los pragmáticos y oportunistas de siempre. Ellos alentaron nuestras divisiones y nos sumergieron en el pantano de la ciega envidia. Por tanto, mi impresión es completamente opuesta. Los escenarios dependen —y lo sabe bien quien gusta del teatro— de los actores involucrados. Los actores hacen los escenarios, los empuñan o engrandecen según sus propios talentos y experiencia.

De modo que no es verdad que debamos esperar a que haya un mejor escenario para difundir nuestras ideas, apelando con ello a una suerte de inmovilismo que todo lo aliena, bien por el miedo a perderlo todo o, peor aún, apremiados por una pseudo sofisticación intelectual que confía la resolución de nuestros graves problemas a la divina providencia,³⁵ y que, en lugar de convencer al pueblo de los beneficios del estado de derecho y de la economía libre, se desgasta en demandar a los demás liberales, como hasta ahora lo hacen los marxistas ortodoxos, una consistencia ideológica que nunca es la propia y que es, en realidad, una inútil, impertinente y pequeña labor si observamos las urgentes tareas que nos demanda la hora actual. En resumen, no es la libertad la que deba aguardar sin salir a escena, sino la que debe dominarla para transformarla.

A ellos hay que decirles que el liberalismo es, sobre todo, una ideología política, no sencilla y únicamente una diletante posición intelectual. Supone, en consecuencia con sus altos ideales, como lo hicieron en su vida y obra Thomas Jefferson³⁶ o Juan Bautista Alberdi, pensar y desarrollar los principios y combatir por ellos en la arena política. O sólo esas dos primeras tareas, como lo lograron durante el siglo XX, con singular maestría, Ludwig von Mises o Friedrich A. Hayek. O únicamente en acercarlas al gran público, como lo llevó a cabo con extraordinaria lucidez Frédéric Bastiat.³⁷ Pero no es, de ninguna manera, a nuestro juicio y como nos ha señalado la historia, ser un plácido edificador de metáforas como Oscar Wilde,³⁸ sino ser como Lord Acton, quien entiende que propugnar la libertad implica defenderla permanentemente.

Por lo tanto, para vencer, para acabar con la incertidumbre que nos desasosiega, hay que llegar a la conciencia íntima del latinoamericano de a pie, a la mente y el corazón de nuestros pueblos. Y hay que hacerlo solos. Preguntémonos, entonces, ¿si no somos nosotros, quiénes? ¿si no es ahora, cuándo?

³⁵ Peor aún, llamando a eso “el orden espontáneo”, como si el progreso fuera *ceteris paribus*.

³⁶ Karl Lehmann, *Thomas Jefferson, humanista americano*, Ediciones Prisma, México, 1985.

³⁷ Frédéric Bastiat, *Obras escogidas*, Unión Editorial, Madrid, España, 2004.

³⁸ Así definió al vate inglés, de manera genial, el poeta y cuentista argentino Jorge Luis Borges.

En tal sentido, la hora actual y la encrucijada en la que se debate el liberalismo en América Latina, en el que, habiendo cedido todos sus territorios a sus enemigos, parece batirse en retirada o pelear de antemano una batalla perdida, demanda un singular esfuerzo y fidelidad de nuestra parte. Esa fidelidad exige una confianza en nuestras propias fuerzas, una intensa capacidad de soñar, de proponer nuestra utopía libertaria, y una dosis necesaria de creatividad, sensatez, criterio, realismo y sentido de las proporciones para exponerla a un público que, desde la cuna hasta la tumba, es adoctrinado sin descanso y sin concesiones por los adversarios y enemigos de la libertad.

A renglón seguido, he de advertir que los liberales de la actualidad nos hemos creído que lo tenemos todo en contra y que, por eso, renunciamos a defender y difundir nuestras ideas y estar a la altura de ellas. Esto no sólo es falso sino que muestra la arrogancia fatal que tanto criticamos en nuestros adversarios.

Por citar rápidamente algunos ejemplos, los escoláticos salmantinos y sus libros quemados públicamente, Hume en su destierro, Mises con sus libros convertidos en llamas por el tercer Reich, Ayn Rand, Karl Popper y Friedrich Hayek huyendo cual fugitivos de sus hogares, Juan Bautista Alberdi muriendo en la más absoluta miseria, ellos sí lo tuvieron todo en contra.³⁹ No olvidemos que el día de hoy los liberales podemos apelar a hechos concretos, a la historia reciente, a circunstancias que sólo fueron imaginadas o deducidas por los intelectuales nombrados a los que admiramos y que, por decirlos y probarlos, sufrieron la persecución, el destierro y la muerte civil por parte de sus opositores. Hoy que muchos llaman héroe al *Che* Guevara debería ser nuestro deber mostrar que esos héroes, nuestros héroes, fueron siempre consecuentes con sus ideas, sin tener que matar a nadie por ellas, ni hacer matar a nadie en su nombre.

Esa fidelidad y ese esfuerzo a los que aludo deben encarnar en un sueño. El sueño de un Perú y una América Latina libre, próspera, pacífica, con cultura y bienestar. El sueño por el que nuestros antecesores y mártires dieron lo mejor de sí, teniendo todo en contra. Es un camino difícil, es verdad, y es también riesgoso, pero, como dice el poeta, es el único que hará toda la diferencia.⁴⁰

Fijar los límites de la política en América Latina. Por si fuera poco, hay un deber que los liberales tienen con la política latinoamericana, y éste es fijar sus límites. Es evidente que hoy el

³⁹ Al respecto, leer *Búsqueda sin término*, de Karl Popper, Alianza Editorial, 1993, Págs. 159 a 169; “Hayek sobre Hayek, un diálogo autobiográfico”, en *Obras completas de F. A. Hayek*, Vol. I, Unión Editorial, Madrid, España, 1997, Págs. 41 y siguientes; *Alberdi, el ciudadano de la soledad*, de Pablo Rojas Paz, Editorial Losada, Buenos Aires, Argentina, 1945, Págs. 310 y siguientes; *Mi vida*, de David Hume, Alianza Editorial, Madrid, España, 1985; y *Autobiografía de un liberal*, de Ludwig von Mises, Unión Editorial, Madrid, España, 2001, Págs. 171 y siguientes.

⁴⁰ Uno de los versos más conmovedores del poeta Robert Frost dice: *Dos caminos divergen en un bosque, y yo tomo el menos transitado, y eso ha hecho toda la diferencia.*

ejercicio de la política en nuestros países proviene de la desilusión y el desencanto, una situación en la que nos encontramos desde hace mucho, que encarna, por ejemplo, en los capitalismo populares e informales de nuestros países, como en la escasa participación en la cosa pública de nuestros compatriotas. En tal sentido, la libertad constituye un viento fresco de esperanza en tiempos en gran parte marcados por la desilusión y la desconfianza. De tal suerte, a fin de terminar con la incertidumbre que nos inmoviliza, el primer y más importante de nuestros problemas a vencer son nuestros propios políticos.

El inconveniente es que los latinoamericanos los hemos dejado libres cuando son, entre todos, los que menos libres deben de estar. ¿Por qué? Por dos razones: Primero, porque si es un hecho evidente que nunca vamos a dejar de tener políticos mediocres, advenedizos e interesados, debemos limitar al máximo su margen de maniobra. Segundo, porque si pretendemos que los políticos sean los únicos que realicen –y sobre todo, garanticen– un cambio institucional e ideológico que vire hacia la certidumbre en todo orden de cosas, seríamos presa de una gran ingenuidad. Como ya hemos dicho, los políticos son el último tramo del cambio. Añado: son los que menos influencia deben tener en él.

A fin de evitar apoyarnos exclusivamente en los políticos para dichos cambios, se debe establecer en la opinión pública un sentimiento defensivo, un reflejo básicamente individualista y libertario, o mejor dicho, el instinto certero de un peligro, la adivinación de una verdad: que el poder es la fuente de todos los males sociales. Si inoculamos esta vacuna en nuestras sociedades, puede convertirse en el cimiento más sólido del sistema político y en la mejor garantía para la supervivencia del ideario liberal.

Por lo tanto, la salida política del reino de la incertidumbre en nuestros países es la cuestión planteada por Karl Popper en *La sociedad abierta y sus enemigos*.⁴¹ Cuando Popper examinó en su obra la cuestión planteada por Platón de *¿quién debe gobernar?* la condenó por peligrosa. Para Popper,

Platón puso a la filosofía de la política, como pregunta fundamental de la política, una interrogación que sigue vigente incluso hoy día, a saber: “¿quién debe gobernar?” Y las respuestas a esta pregunta, las respuestas tradicionales, son: los más sabios, los mejores, los insobornables, eventualmente los mejores racionalmente o respuestas parecidas. También me parece que es equivocada la respuesta “el pueblo debe gobernar”, porque es precisamente la pregunta la que está equivocada.

Y continúa,

⁴¹ Karl R. Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*, Editorial Paidós, Barcelona, España, 1977.

En *La sociedad abierta* propuse reemplazar la pregunta platónica acerca de “quién debe gobernar” por otra radicalmente diferente: “¿qué podemos hacer para configurar nuestras instituciones políticas de modo que los dominadores malos e incapaces, que naturalmente intentamos evitar, pero que, no obstante, no resulta excesivamente fácil hacerlo, ocasionen los menores daños posibles y de modo que podamos deshacernos de los dominadores incapaces sin derramamiento de sangre?” Esta cuestión pone el acento no en el modo de *elección* de un gobierno, sino en la posibilidad de *derrocarlo*.⁴²

Para Popper, esa pregunta es la *fundamental de toda la política, sobre la que se puede edificar una teoría de la democracia*.⁴³ Para él, entonces, cómo se debe gobernar y cómo se debe estructurar la sociedad eran asuntos reales, no menos apropiados como objeto de atención de la mirada del filósofo que la inducción o el concepto de infinitud. Ciertamente, por motivos obvios, aquellos asuntos resultaban aún más apremiantes. En resumen, se trata no de *quién debe gobernar* sino de *cómo podemos controlar a los que gobiernan*.

Tal es la pregunta racional que se plantean los hombres conscientes de su propia falibilidad y de la de los demás y están dispuestos a construir y proteger reglas que permitan la convivencia de hombres con ideas e ideales distintos y tal vez opuestos. Ésa es la pregunta que debemos plantearnos.

Responderla, si nuestra intención es vivir en unos países ciertos y viables, significa establecer un cuestionamiento creativo con relación al poder. Si el poder corrompe, como enseñó Lord Acton,⁴⁴ esto requiere una mirada minuciosa para quienes estén fuera de su órbita. Aun si personas de reputación acrisolada, que coincidan con nuestras ideas, cuenten con un plan brillante, así como probadas y magníficas intenciones, llegaran al gobierno, ello no significa que éstas no requieran contralorías y sujeciones continuas.

Cuando argüimos que los políticos son el último tramo del cambio y los que menos influencia deben tener en él, esto resulta de advertir que todo cambio político que permita superar la incertidumbre fracasará, por muy bien diseñado que esté, si no se sostiene previamente en un cambio en la opinión pública y, decantado de ella, en la cultura de la sociedad civil. Si, por el contrario, se sostiene únicamente en los políticos, como se ha hecho anteriormente, será siempre frágil y sometido al pragmatismo propio de este sector. Por último, se trata de hacer política para defenderse de la política.⁴⁵

⁴² Karl R. Popper, *Sociedad abierta, universo abierto*, Editorial Rei Argentina, Buenos Aires, 1990.

⁴³ Karl R. Popper, *op. cit.*

⁴⁴ “El poder tiende a corromper y el poder absoluto corrompe absolutamente.” La famosa frase fue resultado de un intercambio de algunas cartas entre Acton y su amigo y colaborador Creighton.

⁴⁵ Frase de Álvaro Vargas Llosa, en el libro de Pedro Salinas, *Rajes del oficio*, Editorial Planeta, Lima, 2007.

De lo que hablamos es de un *cambio político al margen*. Es decir, para que los latinoamericanos apuesten por la certidumbre en política y la modernidad que ella tiene por consecuencia para nuestro continente, se les debe convencer, con gran esfuerzo y constancia, de buscar un destino de certeza para sus naciones, a través de los intermediarios ideológicos, a quienes Hayek denomina *second-hand dealers of ideas*, es decir, tratantes de segunda mano de ideas.⁴⁶

Entre éstos destacan los denominados *intelectuales*: novelistas, historiadores, editorialistas, maestros, profesores universitarios, guionistas de cine y televisión, compositores de música popular, poetas; y, en general, los grandes y eficientes divulgadores de ideas que son los periodistas, que cada día se encargan de comunicar e interpretar las noticias de mayor actualidad. Ellos son nuestros aliados. Es lamentable que las ideas de la libertad no tengan un Silvio Rodríguez que las cante.

Sólo de este modo, poco a poco, la acción continua y combinada de todos estos campos terminará desenmascarando en el ámbito de la ciudadanía, no sólo los errores de la cultura de la incertidumbre, su profunda inmoralidad y el accionar pernicioso de los grupos privilegiados de interés que se aprovechan en el corto plazo de los mecanismos del poder político.

Además, se logrará la erosión irreversible del *establishment*, generalizándose un estado de opinión a favor de alcanzar la viabilidad nacional, que, aunque de lento crecimiento, terminará finalmente consolidándose y haciéndose inexorable e irresistible desde el punto de vista social y político. Se trata de combatir a quienes creen que América Latina debe ser una entelequia incierta, inservible, opresora y mutuamente excluyente.

Devolverle el prestigio a la política. Si la misión política de los liberales latinoamericanos es hacer permeable la modernidad en nuestros países, esto supone que la organización política que creen los liberales latinoamericanos debe ser capaz de devolverle prestigio a la propia política, de acabar por fin con sus consignas de muerte, rabia y miedo, y de reconocer cuáles son los puntos mínimos que nuestras comunidades políticas –aquí incluyo a todos, gobernantes y gobernados, culpables, comprometidos e indiferentes– comparten para hacer viable a nuestras sociedades, atrapadas desde hace décadas en sucesivas y diversas crisis: es decir, en la incertidumbre. Así, el liberalismo es la corriente política capaz de derrotar la impotencia simbólica y material en la que los latinoamericanos vivimos. Es la tendencia que hará posible producir el bienestar que nos merecemos.

Además, debemos tener en cuenta que debemos superar el escollo del agnosticismo social de nuestras sociedades, seriamente afectadas por la interminable secuencia de frustraciones que

⁴⁶ Friedrich A. von Hayek. “Los intelectuales y el socialismo”, en *Socialismo y guerra*, Vol. X de sus obras completas, Unión Editorial, Madrid, 1997, Pág. 265.

han soportado cuando menos cinco sucesivas generaciones. En una frase, el liberalismo debe recuperar la fe cívica en América Latina.

Adicionalmente, para que el cambio político hacia mayores grados de certeza en la vida de la colectividad asiente definitivamente en las mentes y los corazones de los latinoamericanos, se tienen que proponer modelos positivos de comportamiento, como por ejemplo el del excelente frente a la mediocre; el del exigente frente al indolente; el que trabaja con sacrificio para alcanzar el futuro frente al que dilapida el capital y vive añorando el pasado; el de quien se hace a sí mismo respecto de aquel que no; el que busca la creatividad, la innovación y la competencia frente a quien se solaza con actos repetitivos y se opone al cambio y, en suma, todos los comportamientos que hacen noble y digno al humano actor, que premia el éxito, el sacrificio y el trabajo, así como alienta tanto las fortunas personales como las societarias.

No olvidemos que Montesquieu escribió en 1789 que es una suerte para los hombres que mientras las pasiones los alentaban a ser malvados, el negocio los obligaba a ser amables. El libre comercio, fruto de la libertad, trae un espíritu de frugalidad, ahorro, moderación, trabajo, sabiduría, tranquilidad y regularidad. En una palabra: certidumbre.

La libertad promueve siempre la socialización: el mercado, el comercio, la feria. No es coincidencia que la palabra feria signifique, además de un gran mercado, también fiesta, asueto, recreo. De allí la alegría con que está asociada el mercado, que vuelve intensamente social al ciudadano. Merced a la libertad, la vida social existe, como los deportes, las artes y la ayuda mutua.⁴⁷

Se nos puede decir que el cambio cultural es imposible o muy difícil, o que demora mucho tiempo. Para refutar esta afirmación, vemos cómo una significativa mayoría de latinoamericanos cumple las normas, paga sus impuestos y respeta el tránsito en otros países, tan distintos entre ellos como Estados Unidos, España o Japón. ¿Qué ha cambiado? ¿Ellos o el ambiente en el que viven y trabajan? ¿No sería una tarea digna de mérito crear ese ambiente en nuestros propios países? ¿No sería la más interesante aventura transformar esa incertidumbre en una cultura de calidad y de bienestar, de libertad e igualdad?

Por lo tanto, si alguna revolución cultural queda por hacer, ésa es la batalla última del liberalismo latinoamericano: cambiar diversos hábitos de los habitantes de nuestra región. El hábito de la impuntualidad, del compadrazgo, de la prebenda. Del mismo modo, modificar nuestras culturas: la cultura de la queja indolente y sin sentido, de la lágrima fácil y la crítica inútil, de la informalidad, la disipación y la mediocridad.

⁴⁷ Richard Webb, "Economía social de mercado", en diario *El Comercio*, Lima, Perú, lunes 13 de mayo de 2005.

Pero, por último, los sectores ilustrados del liberalismo de nuestras Américas deben convencerse de que únicamente dando un marco de certidumbre a la región es posible que ésta supere sin grandes sobresaltos ni dramáticos retrocesos la pobreza, la desigualdad, la injusticia, la falta de libertad, así como la cultura del privilegio y la prebenda. Nosotros también hemos sido víctimas de esa incertidumbre. Por ello, los liberales tenemos que encontrar nuestra forma de actuar en la historia. De esta manera, tenemos que aterrizar nuestros grandes conceptos en la realidad cotidiana de la gente. Esto supone hablar de los resultados que consigue la libertad antes que de la libertad misma. Continuar en lo mismo es un salto al vacío. No; peor aún, es un suicidio. No podemos seguir atrapados por los mercantilistas de siempre, ni ser capaces de trabajar en células, de trabajar en bases, de hacer ideología. Ésta es, desde luego, una apuesta arriesgada, de una apreciación que no tiene precedentes y de una invitación temeraria: podría decirse que es una *superación crítica* de nuestra doctrina.

Esto supone que el liberalismo latinoamericano entienda de una vez que no puede seguir concentrado en los temas económicos en forma exclusiva y excluyente. Ya no podemos seguir escondiéndonos en la economía. Ése es, finalmente, un debate ganado. Es preciso tomar la iniciativa en la política. No caigamos en la confusión de los enemigos de la libertad: así como el mercado no es el liberalismo, mucho menos la izquierda ha dejado de serlo por adaptarse al mercado; aunque otros sean sus métodos, jamás ha renunciado a sus propósitos. En efecto, si hay una responsable directa del estado de incertidumbre en el que viven nuestras sociedades, ésa es la izquierda; la violencia de todo género, la percepción victimista del terrorismo y de la delincuencia, el desmoronamiento de la educación son, entre otras tenebrosas consideraciones, su envenenado fruto.

Esa percepción debe alcanzar a nuestras sociedades para que comprendan la realidad del mercado sin anteojeras ni corsés ideológicos; y que podamos abordar, todos juntos, el tren de la historia, porque hemos entendido que no hay exclusión entre libertades individuales y preocupaciones sociales. La superación de las trabas al desarrollo económico, de la justicia, de la exclusión y desigualdad sociales, que es lo que define a la incertidumbre de nuestro continente, dependerá de lo mucho o poco que entendamos esto. Dependerá también de que señalemos sin dudas que el objetivo último del liberalismo es el progreso material de la mayor parte de la población latinoamericana. Si los pensadores y las élites liberales no son capaces de darse cuenta de que debemos emprender la lucha ideológica y política en forma activa y partidaria, el ciclo de incertidumbre seguirá perpetuándose.

En su luminosa colección de ensayos titulada *Apertura*, el distinguido historiador peruano Jorge Basadre escribió que debíamos alejarnos de la demagogia de izquierda o de derecha, y que la libertad debía ser

una ruta que conduzca a una vigorización cívica, sin que ella implique el retorno a la etapa convulsiva que esterilizó tantas vidas y dejó tantas empresas urgentes, a medio hacer o sin iniciarse.⁴⁸

Ése es el propósito que debemos plantearnos. La suerte de América Latina depende de hacerla cambiar de camino, de la incertidumbre a la certeza. Ése es el destino de la libertad. Ésa es la tarea de los liberales.

⁴⁸ De su artículo “Libertad con responsabilidad”, publicado primero en la revista *Historia*, núm. 7, julio–septiembre de 1944, y publicado en su libro *Apertura, textos sobre temas de historia, educación, cultura y política escritos entre 1924 y 1977*, Ediciones Taller, Lima, 1978, Pág. 505.